

## CAPITULO VIII

### LUCHA DEL CRISTIANISMO CONTRA EL ISLAMISMO.—LAS CRUZADAS

#### I

##### ORIGEN DE LAS CRUZADAS

A fines del siglo XI, es decir, en la época de comenzar las cruzadas, hallábase en decadencia el poder político de los Arabes de Oriente; bien que aun no hubiese palidecido el prestigio que su nombre tenía en el mundo. Poseían todavía el Africa y España; y no hacía mucho que, reyes del Mediterráneo, señores de una parte de Francia, y soberanos de Sicilia, llegaban hasta Roma para obligar al mismo Papa á pagarles un tributo. Nunca en los mejores tiempos del poder romano, el nombre de un César había inspirado tanto terror en los Bárbaros como el que producía en Europa el temido nombre de Mahoma; y atacar en su propio centro á esta potencia, ante la cual hacía cinco siglos que temblaba el mundo, era arriesgadísimo, siendo necesario que Europa estuviese penetrada de todo el ardor de los siglos de fe, que contase con la seguridad de la protección del cielo, y que reuniese un ejército de un millón de hombres, para atreverse á acometer la empresa.

Sabido es de qué modo toda la cristiandad se levantó á la voz de un iluminado; y cómo poblaciones enteras se precipitaron sobre Oriente; sabido es también que ese despliegamiento formidable de fuerzas no dió más resultado que un éxito efímero; pues á pesar de las oleadas de guerreros enviadas durante dos siglos por el universo cristiano, con objeto de conquistar y conservar á Jerusalén, la Europa coligada tuvo que retirarse ante la media luna.

A estas luchas del cristianismo con el islamismo se ha dado el nombre de cruzadas. El resultado que tuvieron en la historia gene-

ral de la civilización de Europa fué importantísimo; de modo que nos sería imposible pasarlas en silencio en una obra destinada á describir, no sólo la historia de la civilización de los Arabes, sino también la influencia que ésta tuvo en el mundo.

Ante todo diremos cuatro palabras acerca del estado del Oriente y del Occidente en la época de las cruzadas.

El fin del siglo XI, época de la primera de estas expediciones, es para Europa, y para Francia especialmente, uno de los más sombríos períodos de la historia de cada una. Hallábase Francia en pleno feudalismo, cubierta de castillos fortificados, cuyos poseedores eran gente semi-bárbara, que siempre estaban en guerra, y que reinaban sobre siervos ignorantes; y sólo una potencia, la autoridad espiritual del Papa, tenía algún prestigio, bien que era un prestigio más temido que respetado.

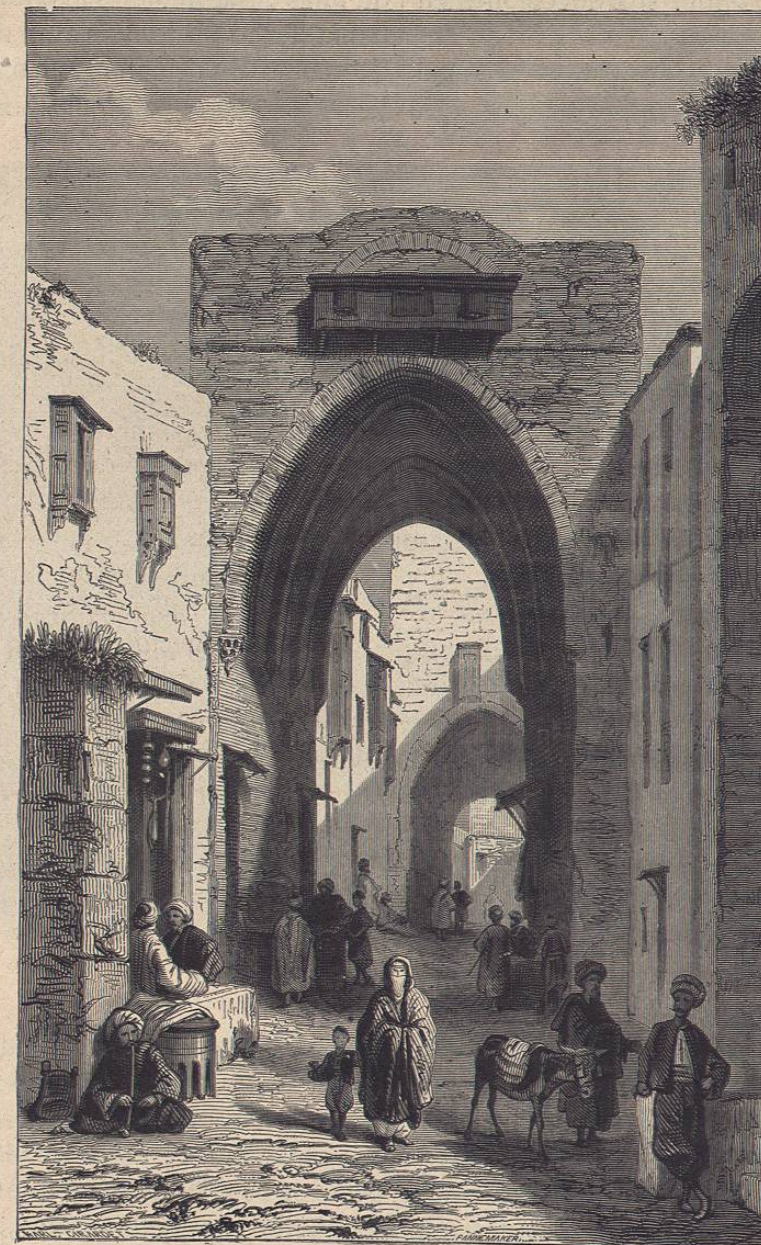
En Oriente, el imperio griego continuaba subsistiendo; y Constantinopla, aunque sumida en gran decadencia, era aún el centro de aquel gran imperio. Pero como no se ocupaba más que de cuestioncitas religiosas y de juegos públicos, cada día perdía algún pedazo de territorio. Habíase extinguido su poder en Italia, y el obispo de Roma y el patriarca de Bizancio habían acabado por excomulgarse mutuamente, y por fundar cada cual una nueva Iglesia.

La Siria pertenecía en parte á los Turcos Seldjucidas, y en parte á los sultanes de Egipto. El califato de Bagdad había quedado reducido á una sombra, y aunque la civilización de los Arabes conservase toda su omnipotencia, su imperio político estaba disolviéndose. La lucha gigantesca que se preparaba había de entablarse entre el mundo que todavía se hallaba en estado de barbarie y una de las civilizaciones

más elevadas de que la historia ha conservado memoria.

Las únicas relaciones normales que en esta época había entre el centro de Europa y el Oriente se reducían á los viajes de los peregrinos á Palestina; pues desde Constantino, y

particularmente desde las relaciones amistosas de Harún-al-Raschid con Carlo-Magno, las peregrinaciones cristianas á Palestina habían siempre continuado creciendo; y partidas de peregrinos había que tenían toda la importancia de ejércitos. En 1045, el presbítero Richard



Vista de una calle de Jerusalén

llevaba consigo 700 compañeros, los cuales, á pesar de sus deseos, no pudieron llegar sino hasta Chipre; en 1604, Sigifredo, arzobispo de Maguncia, y otros cuatro obispos, hicieron aquella peregrinación con 7,000 personas, entre las cuales había barones y caballeros que se vieron obligados á dar una verdadera batalla á los Beduinos y á los Turcomanos.

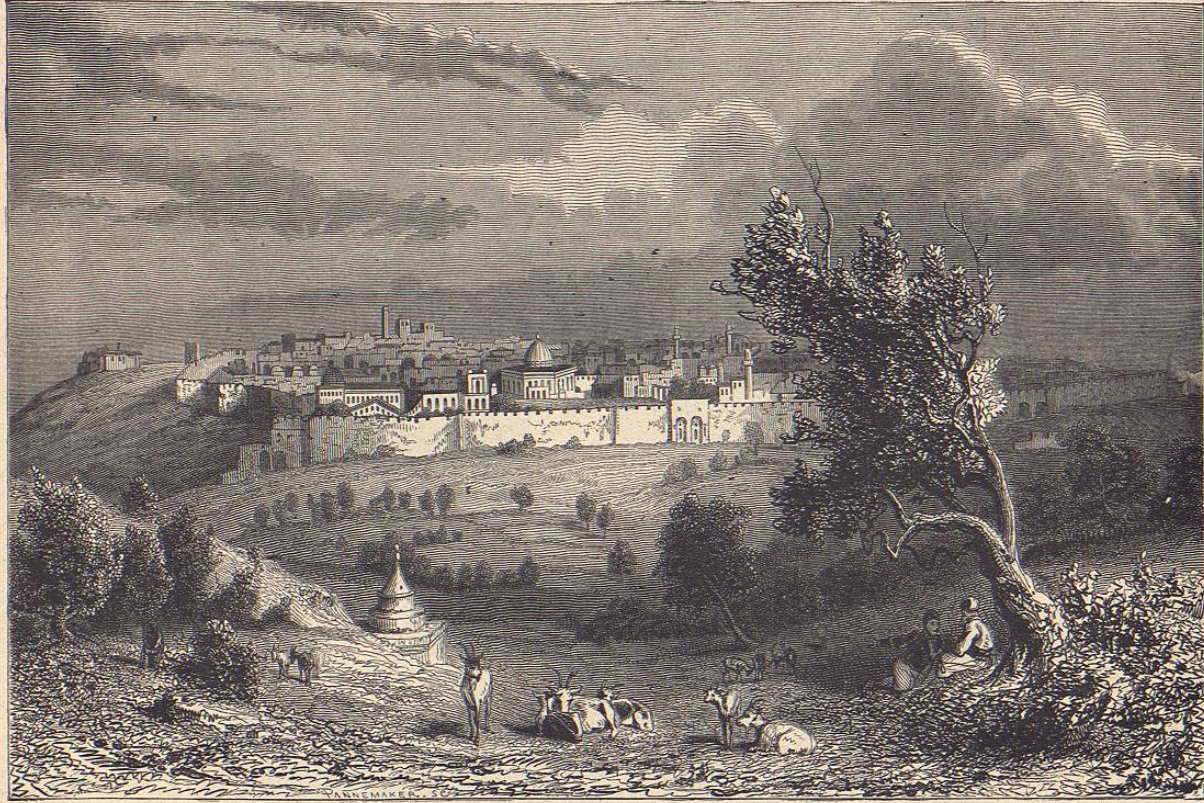
A consecuencia de las dificultades y peligros de las peregrinaciones á Jerusalén, había llegado el clero á imponerlas como penitencia ex-

piatoria de los crímenes más infames. No faltaban en esta época grandes criminales; y como el temor del infierno y del diablo era bastante eficaz en aquellas almas bárbaras, había muchos peregrinos; los cuales, excepción hecha de algunos aventureros y devotos exaltados, constaban generalmente de canallas del peor género, y dotados de los más terribles instintos, á quienes tan sólo el miedo de arder en el infierno llevaba tan lejos.

Como el número de estos peregrinos iba cre-

ciendo rápidamente, y sus procedimientos tomaban un sesgo de carácter muy altanero, los Turcomanos, que eran mucho menos tolerantes que los Arabes á quienes habían reemplazado en Siria, les disputaron el derecho que se arrogaban de atravesar sin permiso un imperio mahometano, para ir á cumplir sus devociones en el mismo centro del islam; y en lugar de dejarlos continuar entrando en Jerusalén como verdaderos triunfadores, á son de atambor y á

la luz de las antorchas, como lo toleraran los Arabes, les obligaron á tomar una actitud más humilde, les abrumaron de contribuciones y aprovecharon todas las oportunidades para vejarnos de mil maneras. Hallábase entre estos peregrinos un soldado veterano que, después de unas desagradables aventuras conyugales, se había hecho fraile, y era un alucinado tan fanático como enérgico: su nombre era Pedro, y la historia le ha añadido el de Ermitaño.



Jerusalén (visto desde el monte de las Olivas)

Indignado del mal trato que había recibido en Palestina, y asediado por sus visiones, Pedro creyó haber recibido la misión de levantar á Europa en auxilio de la Tierra Santa; y entusiasmándose con esta idea, se fué á Roma para obtener el apoyo del Papa. Autorizóle Urbano II para llamar á los cristianos á redimir los santos lugares; y Pedro el Ermitaño comenzó entonces á recorrer Italia y Francia, prodigando sus arengas violentas, entrecortadas de lágrimas, de gritos y de aullidos, y llenas de maldiciones contra los infieles, y de promesas del cielo para los que fuesen á rescatar el sepulcro del Señor. Aquella elocuencia frenética y pintoresca producía siempre gran impresión en las masas; y Pedro fué en breve considerado en todas partes como un profeta.

Sin embargo, las masas que el Ermitaño agitaba nada podían por sí solas. Pero ciertas

circunstancias particulares fueron causa de que los señores feudales, dueños de ellas, apoyasen el movimiento. El emperador de Constantinopla Alejo Comneno, cuyo imperio iba haciéndose pedazos rápidamente, y que veía á los Turcos asediando á aquella ciudad, perseguía con sus lamentos al Papa y á todos los soberanos de Europa; y unidos esos lamentos á las predicaciones de Pedro, llegaron á enternecer al orbe cristiano. A fin de impulsar el movimiento que comenzaba, el Soberano Pontífice convocó en Italia un primer concilio, que no dió ningún resultado; y después un segundo en Clermont de Auvernia, en el año 1095. Asistía Pedro el Ermitaño á este último, y bajo la influencia de sus predicaciones vehementes y de los gritos de una multitud delirante que aullaba *Dios lo quiere*, todos los concurrentes se pusieron cruces de paño en el hombro, y juraron ir á Palestina á

rescatar la tumba de su Dios. Fijóse la partida de la expedición para la Asunción del año siguiente, considerándose necesario este tiempo para reunir el numeroso ejército que semejante empresa requería.

## II

### RESUMEN DE LAS CRUZADAS

La idea de una expedición á Palestina había llegado á enardecer todos los espíritus; pues

sin contar la perspectiva de ganar con ella el cielo, cada cual veía allí un medio de mejorar su suerte; y tanto los siervos, encadenados al terruño, que soñaban en su independencia, como los hijos menores de noble, privados de fortuna por el derecho de primogenitura; tanto los señores poco provistos de patrimonio, como los frailes demasiado cansados de los rigores del claustro; en una palabra, todos los desheredados de la sociedad—que entonces eran muy nume-



Mezquita de Omar en Jerusalén

rosos,—formaban castillos en el aire, vaticinándose un deslumbrante porvenir.

El entusiasmo rayó luego en delirio; y señores, siervos, frailes, mujeres y chicos querían á porfía tomar parte en la expedición; cada cual vendía lo que tenía para proveerse del equipo necesario, y en breve un millón y trescientas mil personas estuvieron dispuestas á tomar el camino de Palestina.

Como el delirio crecía cada vez más, los que primero estuvieron listos no quisieron esperar la formación del ejército regular; y desde la primavera de 1096, inmensas partidas se pusieron en marcha desde todos los puntos á la vez, tomando la dirección del Danubio. El movimiento era general desde el mar del Norte hasta el Tíber, y en muchas villas todos los habitantes partían llevándose cuanto poseían. La Europa en peso se echaba sobre el Asia.

A medida que estas partidas se acercaban al punto tan ardientemente deseado, su locura se exaltaba más intensamente; y aquellas cabezas acaloradas, cuyo pobre discernimiento se había desvanecido para siempre, no veían más que milagros y apariciones.

La más importante de las partidas que rompieron la marcha hacia Oriente tenía por jefes al mismo Pedro el Ermitaño y á un pobre caballero llamado Gualtero sin Haber. Al principio fué bien recibida en los primeros países que atravesó; pero al llegar á Bulgaria, las poblaciones semi-cristianas de la comarca rehusaron albergar gratuitamente á tan numerosas masas. Irritados por estas negativas, los Cruzados no vacilaron en tomar por fuerza lo que no querían darles; y empezaron á saquear las poblaciones y degollar á los habitantes; pero como se las habían con gente de armas tomar, los

Búlgaros acudieron á las represalias, matando un número considerable de agresores; los cuales no tuvieron otro recurso que huir precipitadamente. Llegados delante de Constantinopla, hallaron aquí á unas partidas de Teutones, Italianos, Gascones, Galos y Provenzales, llegados antes que ellos; y juntándose con estas hordas semi-salvajes, se dieron á robar y saquear, cometiendo toda suerte de ferocidades, del carácter más cruel. Entonces los Bizantinos se desembarazaron á toda prisa de ellos, proveyéndolos de los buques necesarios para trasportarlos allende el Bósforo.

Así fueron embarcados para el Asia menor unos cien mil; los cuales cometieron luego en esta región, lo mismo contra los musulmanes que contra los cristianos, una serie de atrocidades, cuya crudeza sólo puede atenuar la evidente locura de aquellos cerebros. Según relación de Ana Comneno, hija del emperador cristiano de Constantinopla, una de sus distracciones favoritas consistía en degollar á todos los niños que hallaban, hacerlos pedazos, y asarlos.

En justas represalias, los Turcos se dedicaron á cazarlos metódicamente, los mataron como fieras, y con sus huesos levantaron una pirámide gigantesca.

Así, el primer ejército de los Cruzados, que contenía muchos centenares de miles de hombres, quedó en poco tiempo completamente aniquilado; pero tras él seguían las tropas regulares mandadas por los más poderosos magnates de la cristiandad. Nunca los Arabes habían tenido á sus órdenes un ejército tan imponente; pues constaba de 700,000 hombres, perfectamente equipados, y divididos en varios cuerpos de ejército; uno de los cuales, mandado por Godofredo de Bouillón, duque de la Baja Lorena, comprendía 80,000 soldados, entre lorenenses, bávaros y sajones.

Llegados al Asia menor, los Cruzados sitiaron á Nicea; y habiendo derrotado á un ejército turco, cortaron las cabezas á todos los heridos, regresaron á su campamento con estos trofeos pendientes de las sillas de los caballos, y arrojaron en seguida las cabezas dentro de la ciudad sitiada.

No era este el medio más apropiado para ganarse la voluntad de los habitantes; y en efecto, conociendo éstos la suerte que les esperaba, se rindieron al emperador de Constantinopla, por cuyo motivo los Cruzados, sus aliados, debieron retirarse.

Faltaba andar unas doscientas leguas para

llegar á Siria. Pero los Cruzados, en vez de tratar bien á los habitantes, siquiera con objeto de procurarse recursos, la dieron en saquear el país, haciéndolo con tal rigor, que no tardaron en padecer hambre. Entonces la discordia se introdujo en las filas, y dos de los jefes más importantes, Tancredo y Balduino, llegaron á darse batalla, y Balduino se separó después de sus compañeros para ir á guerrear y robar por su propia cuenta.

Como las enfermedades y el hambre seguían diezmando atrocemente á los Cruzados, Pedro el Ermitaño desesperó del éxito de la expedición, y se fugó del campamento. Pero cogido luego por los mismos Cruzados, fué conducido á la presencia de Tancredo, que lo recibió á palos.

El más espantoso desorden predominaba ya en aquel ejército; siendo tan considerable el número de espías metidos allí por el enemigo, que Boemundo mandó que todo espía fuese despedazado y asado, para servir de alimento á los soldados hambrientos. Calcúlese por esta orden lo que era el ejército donde había sido necesario darla.

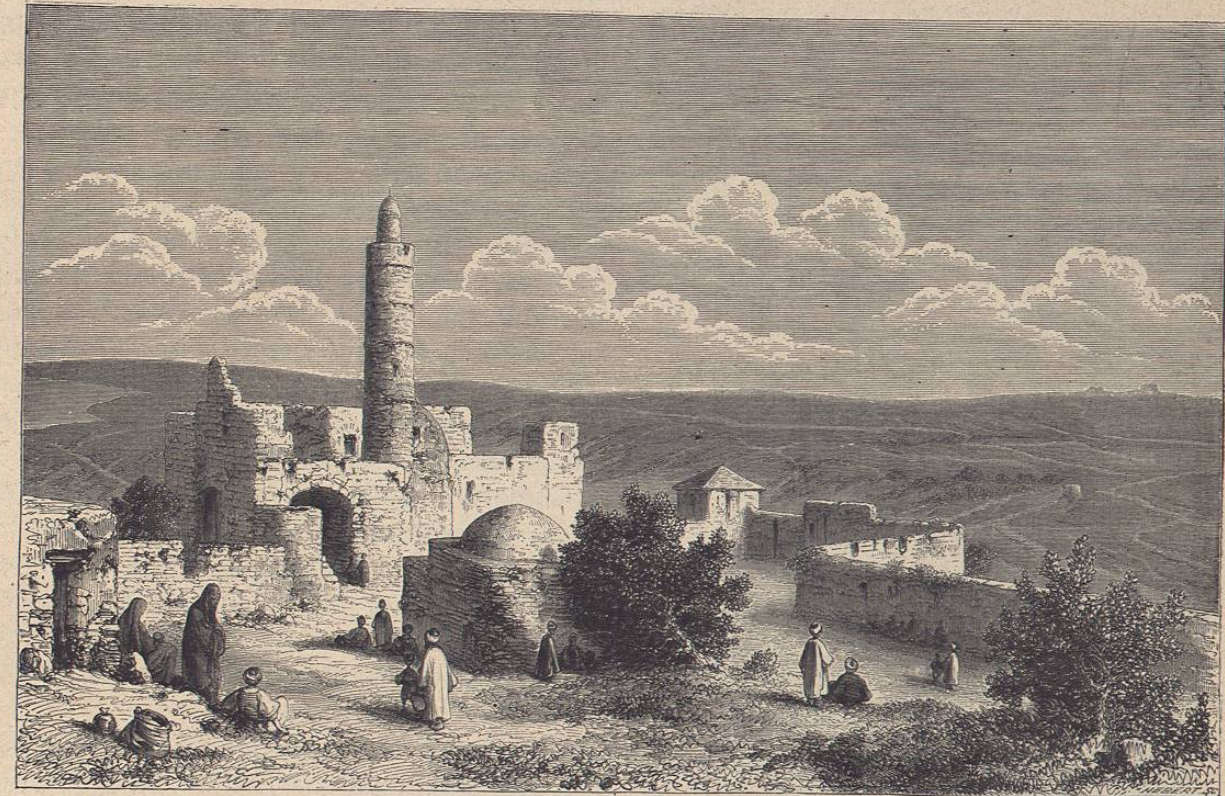
En resumen, la conducta de los Cruzados durante toda la campaña no puede compararse sino con la de los más feroces y estúpidos salvajes, porque ya tengan delante aliados, enemigos ó poblaciones inofensivas; ya tropas de guerreros, ó masas de mujeres, niños y ancianos, siempre adoptan la misma conducta: degüellan y saquean sin ton, ni son; y las crónicas de la época nos refieren en cada página pasos de su bestial ferocidad. La siguiente relación, que hace el testigo ocular Roberto el Fraile, de la conducta de los Cruzados en la ciudad de Marrat, bastará, junto con la de la toma de Jerusalén, que daremos más adelante, para demostrarnos de qué modo hacían la guerra.

«Los nuestros, dice el piadoso y caritativo cronista, recorrían las calles, las plazas y tejados de la población, hartándose de degüellos, como una leona á la cual han robado sus cachorros; y hacían pedazos y mataban á los niños, á los mozos y á los viejos encorvados por el peso de los años; á nadie perdonaban; y á fin de despachar con más rapidez ahorcaban á muchos de una misma cuerda. ¡Suceso asombroso! ¡espectáculo extraño era aquel donde se veía á una multitud muy numerosa y no menos bien armada, dejándose matar impunemente, sin hacer ninguna resistencia! Los nuestros se apoderaban de todo lo que hallaban; abrían el vientre á los cadáveres y les sacaban así *bizantinos* y

monedas de oro. ¡Oh, detestable codicia del oro! ríos de sangre corrían por las calles de la ciudad, la cual estaba toda llena de cadáveres. ¡Oh, naciones ciegas y todas destinadas á la muerte! Entre toda esta muchedumbre no hubo uno solo que quisiese confesar la fe cristiana. Al fin, Boemundo mandó que le presentasen todos aquellos á quienes había invitado á encerrarse en la torre del palacio; ordenó degollar á las mujeres ancianas, á los viejos decrepitos

y á aquellas otras personas á quienes la debilidad hacía inútiles; reservó á los adultos que estaban en la edad puer y que pasaban de ella, como también á los hombres vigorosos, y los hizo llevar á Antioquía para venderlos. Esta matanza de Turcos ocurrió el 12 de diciembre, un domingo; pero como no pudo acabarse en un solo día, el lunes nuestra gente degolló á todos los vivos que quedaban.»

Se comprende la opinión que unos pueblos



Torre de David

entonces tan civilizados como los orientales debían tener de semejantes adversarios; y así no es extraño que sus crónicas estén llenas del profundo desprecio que les inspiraban. «Esa gente, dijo más adelante el gran poeta persa Saadi, no merece ni el nombre de hombres.»

Cuando los cristianos llegaron á Jerusalén, de más de un millón de almas que había salido de Europa, no quedaban sino 20,000 personas; de modo que un ejército gigantesco, que compuesto de otros elementos era capaz de conquistar el mundo, estaba casi aniquilado, no por las batallas tan sólo, ni principalmente; sino por el hambre, la peste, los excesos y las luchas intestinas.

Pertenecía entonces Jerusalén al Sultán de Egipto, que la había tomado á los Turcos; y los Cruzados se apoderaron de ella el 15 de ju-

lio de 1099. Una visión de San Jorge en el monte de los Olivos los estimuló de tal modo, que todos se precipitaron sobre las murallas y llegaron á entrar en ellas.

Su conducta en la ciudad santa fué bien diferente que algunos siglos antes siguió el generoso califa Omar respecto de los cristianos.

«Cuando los nuestros, escribe Raymond d'Agiles, canónigo de Puy, fueron dueños de los muros y torres, entonces se vieron cosas maravillosas (!) entre los Sarracenos: unos tenían las cabezas cortadas; y todavía estos eran afortunados (!); otros, atravesados de flechas, se veían obligados á precipitarse de lo alto de las murallas, y otros finalmente, después de sufrir largo tiempo, eran arrojados á unas hogueras. En las calles y plazas de Jerusalén no se veía más que montones de cabezas, de pies y manos; doquiera no podía darse un paso sino sobre